

SECCION DE BACHILLERATO

DESDE EL ELBA HASTA WATERLOO

Por VICENTE MARTINEZ EMILIANI

El primero de marzo de 1815 el águila imperial de Francia vuelve a revolotear sobre el territorio anunciando que el emperador Bonaparte ha regresado de su destierro, —se agrupan en los caminos multitudes ansiosas de contemplar al héroe; cunde la noticia, la alegría es general; se le guarda con esperanza, se le mira con veneración.

Las naciones europeas tiemblan ante el regreso de aquel pequeño guerrero que con su genio, su vivacidad, su estrategia y su valor ha hecho peligrar la soberanía de las más grandes potencias del continente. Inmediatamente se forma una coalición poderosa para acabar con el soberano que vuelve. Napoleón se prepara, lo rodean sus generales, las tropas están dispuestas a todo por su ídolo y de boca en boca va el grito de "VIVE L'EMPEREUR". Es tal el entusiasmo del ejército que parece que nada ni nadie podrá aniquilar al emperador quien ha vuelto para ser rodeado por una aureola de cariño y de adhesión extrema; parece que el suelo de Francia que ya decaía reviviera, que las plantas dieran sus mejores flores, que las aves sus mejores cantos, que el cielo sus mejores días; todo es alegría, todo es felicidad; pero sobre las cabezas francesas se cierne el peligro, la guerra tenebrosa empieza a germinar y los tristes días de combate se aproximan; ya pasarán las sonrisas y vendrán las lágrimas; la dicha se trocará en angustia, los salones serán reemplazados por el campo de batalla y la música por el rugido del cañón.

Los principales generales de la coalición: Wellington (inglés), Blücher y Gnesenau (prusianos), han sido escogidos con especial cuidado para que no pueda fallar el movimiento contra Bonaparte; éste se encuentra rodeado por Ney, valeroso cual ninguno; Gerard, maravilloso estratega; Vandamme, quien da su vida por el emperador; Erlon, hábil soldado; Reille, Durutte, Marbot, Soult, Druot, y Grouchy, quien ha de ser la causa de la caída del pequeño caporal.

Fue Grouchy hecho mariscal tiempo atrás por su lealtad a Napoleón; soldado valiente, no tenía suficientes capacidades para el puesto

que desempeñaba, pues tenía escasa iniciativa y era pésimo en la táctica militar. A pesar de este estado mayor, le faltaban a Napoleón: Berthier, quien se había suicidado; Murat, el gran mariscal de caballería aunque ambicioso y egoísta; Massena, Augerau y otros.

LA GUERRA

Napoleón, a su llegada, busca concertar la paz. Al no conseguirlo trata de ganar Bruselas. Le sale al encuentro el poderoso ejército aliado al mando de Wellington, Blücher y Gnesenau; las tropas se encuentran en la población de Ligni y empieza el combate con singular denuedo.

Hagamos un pequeño paréntesis para explicar cuál era la situación: el duque de Wellington se había separado con sus fuerzas inglesas de los prusianos para ocupar Quatrebras. El mariscal Ney se había apartado del grueso de las tropas francesas en unión de Erlon, quien estaba bajo sus órdenes, con el fin de atacar al duque de Wellington. Bourmont, general francés y protegido de Gerard, haciendo caso omiso de su deber y mancillando su honor, deserta de sus filas y lucha contra ellas en favor de los coaligados.

Ahora veamos lo que sucede.

Prusianos y franceses se atacan con furor indescriptible, explicable sólo por el odio existente entre los dos ejércitos; Gerard manda sus batallones con gran maestría y cuando éstos comienzan a ceder por el empuje enemigo, se lanza a la cabeza de su tropa contra el ejército contrario infundiéndole nuevos bríos a sus agotados contingentes; está en todas partes, matando a diestra y siniestra, semejante al dios de la guerra, y es tal el valor que ha logrado infundir a sus tropas, que éstas comienzan a imponerse a los prusianos, superiores en número, pero inferiores en maestría. Entre tanto hacia el ala derecha, Vandamme y sus columnas se encuentran en una cruenta lucha cuerpo a cuerpo; ya parecen vencidos y en desbandada, cuando reúne sus destrozadas fuerzas y vuelve al ataque. Se lucha palmo a palmo el terreno que es regado por la sangre de millares de héroes; el número de muertos es inmenso; el cañón ruge ensordecedor y a los hurras de los prusianos se opone el heroico "en avant" de los franceses.

Napoleón por un mensaje, ordena a Ney atacar a los prusianos por la espalda, pero éste no obedece por creer más importante apoderarse de Quatrebras que estaba en poder de Wellington; llegan nuevas órdenes para Ney y Erlon; en vano, el primero no obedece por su propio impulso, el segundo por ser inferior a Ney cumpliendo sus órdenes.

Esto puso en peligro el éxito de la batalla, pero ya se imponía el genio de Napoleón secundado por el valor y maestría de generales y soldados. Los prusianos retrocedían y muchos cuerpos se daban a la retirada, pero sin orden ni concierto, cada uno por su lado ante el temor

de las armas francesas; Blücher y Gnesenau se vieron obligados a dar orden de retirarse, no pudiendo, a pesar de su número, contener a los fieles seguidores de Bonaparte. Las escuadras francesas habían triunfado pero por desobediencia de Ney no habían sido eliminados los ejércitos de los aliados los cuales cobrarían más tarde la derrota, eliminando para siempre el poderío del inmortal guerrero.

Después de dos días de sangrienta lucha quedó el campo como sembrado de cadáveres, los cuales eran bañados por su propia sangre; sangre de héroes muertos en el campo del honor por un ideal sagrado; sangre de hombres que daban gustosos sus vidas como ofrenda al altar de la patria; sangre de guerreros cuya memoria será eterna en los anales de la historia.

Fueron rápidamente recogidos los cadáveres y curados los heridos; por orden del emperador se le prestó ayuda a los prusianos quienes miraban a Napoleón como hipnotizados, con miradas preñadas de odio y deseos de venganza.

¡En Ligni el sol de Austerlitz volvió a brillar para Francia!

El Mariscal Ney vuelve con Erlon al lado de Bonaparte quien los recibe fríamente, echándoles en cara la desobediencia que ha podido costar al imperio su poderío.

Con su acostumbrado dinamismo el emperador prepara sus tropas para la lucha contra los ingleses, pues su éxito estriba en la rapidez. Ordena al mariscal Grouchy perseguir a los prusianos impidiéndoles su retorno al lado de Wellington, pues dividiendo a los aliados era fácil relativamente batir las tropas insulares; son mandados con Grouchy, Gerard y Vandomne; el nuevo mariscal como si notara su incapacidad para cumplir satisfactoriamente la orden, insinúa a Napoleón que encargue más bien a Soult la persecución de los prusianos, pero no es atendido, y parte. Cuando aún desfilaban las fuerzas perseguidoras ante el estado mayor, Soult, con mirada de águila, ve en esta partida la causa de la pérdida de la batalla que se aproxima, al decir: "Es un error el alejar de nosotros una fuerza tan respetable. En las desastrosas circunstancias en que se encuentran los prusianos hubiese bastado un poco de infantería para observarlos". Asimismo, Gerard ve en Grouchy incapacidad para la misión que se le ha encomendado. Cuánta razón tenían, tanto el uno como el otro: por un error de apreciación y por impericia de un mariscal el león de Córcega debía ser eliminado del escenario de la acción en el mundo.

Wellington al enterarse de la derrota prusiana abandona Quatrebras y huye hacia un pueblecillo llamado Waterloo en donde el guerrero más grande de todos los siglos debía librar el último de sus combates; Napoleón se lanza tras él, pero las sombras de la noche ya se cernían sobre la tierra. ¡Qué no hubiese dado Bonaparte para poder detener el sol como Josué y librar inmediatamente la batalla! La persecución se había encarnizado; ya parecía inminente la lucha, cuando el cielo, como si protestara contra tanta matanza, se oscurece, brilla el relámpago y se desencadena la tormenta; esto detiene a Napoleón y los ingleses logran atricherarse al sur de Waterloo, en la meseta del monte Saint Juan.

Durante la noche cae la lluvia implacablemente sobre los ejércitos, el suelo se ablanda, se llena de surcos y se convierte en un lodazal en el cual era imposible que maniobrara la artillería. Entre tanto los ingleses toman posiciones. Bonaparte desea dar la batalla al amanecer; Wellington teme esto, pues a esas horas no veía esperanzas de ayuda prusiana, teniendo que contar sólo con las fuerzas insulares.

Ya se aproxima la aurora, el sol comienza a romper el manto de tinieblas que cubre el territorio y entonces es cuando aprecian los franceses el verdadero estado del terreno sobre el cual no puede ser movilizada la artillería. Hay que esperar a que el sol endurezca la tierra, lo cual según los expertos no demorará muchas horas.

Al resplandecer el sol de junio se siente Napoleón lleno de confianza, pues como dice un historiador: "este le recordaba siempre Marengo, a Friedlant, donde su ejército bebió tan profundo y embriagadores sorbos de los arroyuelos de la gloria".

Entre tanto veamos lo que sucede en la persecución contra los prusianos: las fuerzas de Blücher que huían hacia el este se han separado en tres grupos; dos de éstos se dirigen hacia Wavre (lugar no lejano de la batalla); el emperador enterado de esto ordena a Grouchy que se dirija hacia allá con el fin de interceptar el encuentro de las tropas inglesas y prusianas. Grouchy avisa a Napoleón que así lo ha hecho cuando en realidad continúa tercamente hacia el este; pero esto no es todo, sino que dando muestras de estupidez, ordena detenerse, y los prusianos se acercaban a Wellington mientras las fuerzas encargadas de interceptarlos descansaban plácidamente por orden de su general. Otro mandato del emperador a su mariscal le ordena aproximarse al campo de batalla y esperar a los prusianos, pero no es obedecido y los escuadrones siguen hacia el este; entre tanto es mediodía y se prepara la batalla confiando Bonaparte en que los prusianos no podrán regresar sino después de muchas horas.

La situación de los ejércitos es la siguiente:

Poco al sur de Waterloo, los ingleses al mando de Wellington. A la izquierda en Papelotte y Frichermont dos pequeños destacamentos aliados. Los franceses se encuentran más al sur con el grueso de las tropas dispuestas en herradura que remata en forma de A, la celeberrima A de Waterloo, frente a Wellington. A la derecha, oponiéndose a los pequeños cuerpos coaligados, otro destacamento y reforzando a éste la caballería bajo las órdenes de Ney... Por último los tres cuerpos de la guardia.

La táctica de Wellington consistía no en atacar, sino en dejarse venir a los franceses encima oponiendo resistencia. En cambio la de Napoleón era opuesta: fingir una acción contra el castillo de Hougoumont para distraer al enemigo mientras Durutte y Erlon atacaban el ala derecha; Ney, apoyado por la caballería, lo ayudaba; Drouot y Reille con la artillería destrozaban el centro inglés, separando así al ejército en dos partes desiguales.

Poco antes de comenzar la batalla, hacia las doce y media, todo aquel ejército que durante muchas horas había estado sumido en la inactividad, cobra vida; surgen las armas que brillan al ser heridas por el sol del mediodía; entonan los pechos la canción de la revolución tantas veces triunfante: La Marsellesa. Desfila el ejército exhibiendo su poderío, en cerrada formación; las evoluciones y las marchas parecían dirigidas expresamente para deslumbrar y atemorizar al enemigo situado en frente.

Tal vez hubiera sido preferible a las demostraciones de disciplina atacar dos horas antes.

LA BATALLA

Comienza a tronar la artillería: el espacio es cubierto por un bosque de relámpagos; el príncipe Jerónimo ataca Hougoumont que es tenazmente defendido por las tropas que lo ocupan; este ataque, que sólo era una maniobra, para distraer al enemigo, se torna sangriento; los ejércitos se disputan encarnizadamente la victoria y la posesión de cada arbusto del castillo cuesta un hombre.

Entre tanto, Erlon con su infantería se apodera de Papelotte, sigue su avance contra el ala izquierda de Wellington escalando la meseta, pero al llegar arriba no pueden separarse rápidamente y son atacados por la caballería escocesa que los sorprende unidos unos contra otros sin liberad de acción y los hace retroceder con grandes pérdidas; ganan los aliados varias banderas imperiales, trofeos de tantas batallas como Lodi, Marengo, Eilau. El ataque escocés es violento. Las tropas de Erlon, a pesar de sus esfuerzos, no pueden detener aquella avalancha humana que se precipita contra ellos; entonces interviene Durutte con sus coraceros en uno de los ataques más memorables que registra la historia del valeroso cuerpo francés; relucen las bayonetas al cruzarse unas sobre otras, los sables están rojos con la sangre de los heridos, los escoceses comienzan a retroceder ante el inusitado empuje de los escuadrones de Durutte, y ya se escuchan los gritos de "victoire, victoire". Pero la balanza aún no se inclina hacia ninguno de los dos bandos. Un nuevo escuadrón inglés viene a reforzar a los escoceses haciendo retroceder, aunque ordenadamente, a los imperiales, quienes se reponen rápidamente, causando estragos en las filas insulares. Entonces Ney, impaciente por participar en el combate, ve el momento decisivo de su entrada; reúne sus escuadrones de caballería y se prepara para la intervención, creyendo que éste sería el deseo de Napoleón; queda más convencido de esto cuando ve marchar un destacamento de la guardia, la cual, según antiguas tradiciones, no podía participar en el combate sino por orden personal del emperador. Ney ordena el ataque y todos aquellos valientes marchan impertérritos contra la infantería inglesa, que a pie firme los espera con una lluvia de metralla. Drouot y Reille apoyan a la caballería con el fuego de sus cañones, los cuales lanzan contra el enemigo andanada tras andanada, causando grandes estragos en las filas coaligadas. Los ingleses ofrecen prodigiosa resistencia; los seguidores de Ney caen heridos de sus cabalgaduras pero siguen adelante al grito de "¡Vive l'Empereur!" "¡En avant!". Ya se quiebra la defensa insular, los hombres mueren en considerable cantidad, cayendo en aquel suelo fangoso que al decir de Carlos Bleitreu, "inmunda sopa

donde se hundían profundamente hombre y caballo; sólo faltaba el condimento de la sangre para preparar una verdadera sopa negra para los espartanos". Sólo se esperaba el toque del clarín que ordenara la retirada inglesa. Había sido batida su ala izquierda; los defensores de Hougoumont en el ala derecha se retiraban al bosque de Soigne y todo el ejército imperial se dirigía a su centro amenazando destruirlo totalmente; pero es ahora, en el momento culminante, cuando la suerte que siempre ha acompañado a Bonaparte lo abandona.

Blücher se acercaba al campo de batalla cubierto de su vista por el bosque de Frichermont; avanzaba con su ejército sobre una tierra húmeda y fangosa, en la cual se enterraban los caballos hasta las corvas, demorando su avance; aquellos hombres estaban exhaustos, pero se sobreponían a su cansancio con férrea voluntad y todos trataban de alcanzar como primeros las tropas del emperador; ya se acercaba el fin del guerrero magno, la antorcha de la guerra que el corso agitara con tanta frecuencia, debía consumirse ahora hasta quemarle la mano.

Bülow, el prusiano, ya había entrado en acción atacando las fuerzas imperiales; contra él se dirige el conde Lebau, pero ya los ejércitos de Blücher oscurecían el horizonte y se lanzaban sobre el valeroso francés; éste nota con un golpe de vista la superioridad numérica que le ha de aplastar, pero aquel valiente, en cuya alma no ha tenido albergue el miedo, ordena atacar al contrario con el grito de "¡Hoy se va a definir el destino de Francia!"

Entre tanto, Grouchy buscaba al general prusiano sin notar que éste le había engañado; el mariscal, en cuyas manos se encontraba el destino de Francia, no había sabido desempeñar su cometido; hay hombres a quienes da la Providencia la oportunidad de ser héroes, la oportunidad de ser los salvadores de la patria, la oportunidad de ser recordados por la posteridad; uno de estos hombres fue Grouchy, pero no pasó como héroe, no como salvador de su patria sino como el general incapaz, por quien perdió Francia su maravilloso imperio. Había recibido órdenes de dirigirse a Wavre y así lo hizo por fin; cuando se acercaban a la población se dejó oír el ensordecedor rugido del cañón; Gerard y Exelmans temblaron al escucharlo y se dirigieron a su mariscal para proponerle ir hacia el monte Saint Jean, de donde provenía el lejano rumor del combate; pero Grouchy contestó: "mi deber es perseguir a los prusianos en Wavre"; al contestarle Gerard que en esa población sólo había un destacamento para distraerlos mientras el grueso del ejército se dirigía al lugar de la batalla, el orgulloso Grouchy, fiel a lo que él llamaba su deber, dio la espalda al general y se retiró. Entonces Exelmans, lleno de ira contra aquel mariscal que se negaba a su patria y a su emperador, propuso a Gerard eliminarlo, si un general prometía llevar las tropas al lado de Bonaparte, pero Gerard no aceptó la propuesta.

Llegados frente a Wavre, recibió Vandomne orden de apoderarse de la población y se empeñó todo aquel ejército en conquistar una ciudad sin importancia, cuando perecía la soberanía de Francia en manos de ingleses y prusianos. Así es el destino, por la llegada de un hombre triunfa una causa, por la ausencia de otro, sucumbe una nación.

Ney hace atacar a los ingleses por su flanco izquierdo, ordenando seguir el ataque hasta el ala derecha; de este modo ataca escuadrón tras escuadrón; los ingleses no resisten más, combaten aún por puro amor propio, por simple orgullo nacional; la artillería ha sido silenciada, sólo los cuerpos de infantería resisten aún.

Para un nuevo ataque pide Ney fuerzas al emperador, pero no hay más; parte de la guardia combate, el resto espera dar el golpe final y Lobau libra desigual batalla cerca de Frichermont.

Los franceses avanzan destrozando los cuerpos de infantería inglesa; Bonaparte hace llamar a Ney y le concede el mando de la vieja guardia para que acabe con los ingleses; como hay algunos escuadrones cuyo ánimo decae, Napoleón hace llegar a todos la noticia falsa de la llegada de Grouchy; todos los batallones vuelven al ataque con nuevas fuerzas y de hombre a hombre pasa la nueva: "Grouchy viene".

Al atacar la vieja guardia se acaba la defensa aliada, los escuadrones retroceden tratando de resistir, la artillería de Drouot despedaza al enemigo, el cual ante el ataque de los inmortales e invencibles veteranos comienza a desbandarse. Entonces se ve a través del humo de la pólvora un ejército que avanza; de todos los pechos franceses sale un grito de entusiasmo: "Grouchy ha llegado"; "la victoria es nuestra", exclaman los soldados, "En avant"; pero comienza a disiparse el humo y cuando los nuevos escuadrones se distinguen, un ensordecedor "Hurra" brota de los labios de los aliados. ¿Qué pasaba? No era el tan esperado general francés, sino Zieten, lugarteniente de Blücher, quien arremete contra los victoriosos ejércitos imperiales. Ante la llegada de tropas frescas los franceses vacilan, los prusianos comienzan a arrojar su metralla mortal, los cuerpos napoleónicos retroceden y algunos se dispersan; sólo la vieja guardia permanece en su posición, combatiendo valerosamente, esto da coraje a otros batallones, pero cuando el cuerpo invencible, el de los veteranos que nunca habían dado un paso atrás, tiene que retroceder momentáneamente, el terror llena los viejos corazones y se escucha: "¡la guardia retrocede!" La retirada es general y sólo algunos cuerpos combaten con valor suicida. Drouot muere al frente de sus soldados; Durutte es retirado del campo, pues una herida le ha dejado ciego, y Jerónimo, el pequeño Napoleón, lucha hasta el último momento; al tratar sus tropas de salvarle contesta: "¡Hoy ha de morir todo el que es Bonaparte!"; con razón adoraba el emperador a su hermano, a su digno hermano.

Los prusianos atacan con la caballería a la guardia, ésta espera a pie firme el desigual encuentro, no vuelve a retroceder un paso y es aniquilada totalmente; mueren como lo exigían las leyes de Esparta: "con el escudo o sobre él". Entonces comienza la carnicería; todo herido es muerto a golpes, todo sobreviviente es fusilado; los franceses se matan entre sí para no caer en manos del enemigo, algunos atacan solos los batallones aliados para morir luchando, seis coraceros luchan contra todo un batallón prusiano, los héroes son innumerables; Ney cayó al frente de sus soldados con el nombre de Napoleón en los labios.

Entre tanto Bonaparte huía con los escuadrones que habían logrado salvarse y trataba de organizarlos para una defensa desesperada, pero

aquellos hombres ya no tenían fuerzas ni valor; a pesar de todo, al pasar el emperador, se reunían y gritaban débilmente "¡Vive l'Empereur!". Napoleón hizo cuanto pudo por sus soldados: los condujo ordenadamente en la retirada, curó los heridos, les infundió ánimo y salvó gran número de tropas. De pronto se detiene y mira hacia atrás, el emperador contemplaba a Waterloo y de sus ojos brotan las lágrimas; pero no lloraba por él sino por el destino de Francia.

El imperio fue aniquilado y el corso destruido; Wellington, Blücher y Gnesenau, los vencedores, también serán destruidos, segados por la guadaña de la muerte; pero jamás finaliza el gran poema heroico, la sombría batalla de los genios, que sostuvo contra todos, uno sólo, el símbolo del genio: NAPOLEON.

VICENTE MARTINEZ EMILIANI

Alumno de 5º año.